

PROCESO SINODAL: LA ESCUCHA SIN LÍMITES

LOS POBRES Y LOS JÓVENES AGENTES CENTRALES DE LA REFORMA ECLESIAL

P. Guillermo Campuzano, CM*

Resumen:

Desde tres claves teológicas centrales del proceso sinodal: Iglesia pueblo de Dios, *Sensus Fidei* y Consenso Eclesial, el autor presenta el desafío/oportunidad que tiene la Iglesia de poner en el centro del movimiento de la reforma eclesial y del movimiento social a los grupos históricamente marginados. Este artículo se detiene especialmente en los pobres y los jóvenes, para responder a dos de los desafíos pastorales planteados por la Asamblea Eclesial en noviembre de 2021.

Palabras claves:

Reforma, transformación social, Pueblo de Dios, *Sensus Fidei*, es-

* Misionero vicentino, de la provincia occidental de los Estados Unidos; actual vice-rector de misión y ministerio de la Universidad De Paul en Chicago; coordinador del Equipo de reflexión teológica e interdisciplinar que asesora a la presidencia de la CLAR (ETAP); asesor del liderazgo hispano de la Iglesia de los Estados Unidos y miembro del equipo directivo de la red nacional de la pastoral migratoria.

cucha sin límites, pobre, jóvenes, mujeres, grupos étnicos minoritarios, proceso sinodal...

Me han pedido que escriba esta reflexión sinodal desde dos de los 12 desafíos pastorales que nos propuso la pasada Asamblea Eclesial realizada en México en noviembre de 2021: 1) Reconocer y valorar el protagonismo de los jóvenes en la comunidad eclesial y en la sociedad como agentes de transformación, y 2) Escuchar el clamor de los pobres, los excluidos y los descartados.

San Juan Crisóstomo alguna vez dijo que "Sínodo es una palabra que significa Iglesia", hoy nos atrevemos a decir que Iglesia es una palabra que significa 'Sínodo'. La sinodalidad configura la vida de la Iglesia como pueblo de Dios en camino (misión) y como asamblea reunida alrededor del Señor (celebración). El proceso de caminar juntas/os (sinodalidad) para realizar el proyecto de Dios encarnando los valores del Reino en toda cultura, incluye el hecho de estar juntas/os en asamblea/comunidad para celebrar al Señor resucitado y continuamente discernir lo que el Espíritu dice a las Iglesias (Ap 2-3) de todos los tiempos.

En la mentalidad y en la práctica que el papa Francisco está impulsando, el Sínodo es un momento histórico privilegiado de discernimiento, que el pueblo de Dios hace, guiado por el Espíritu que lo va configurando al ritmo del cambio

de los tiempos. "Así la Iglesia sigue el ritmo de la vida, que es movimiento y pausa, camino y encuentro, sinodalidad y sínodo". Hoy esta Iglesia quiere hacer pausa para revisarse de nuevo en su estructura interna y en su relación con el mundo, desde la dinámica de "comunión, participación y misión".

Francisco enseña que "caminar juntos es el camino constitutivo de la Iglesia; la figura que nos permite interpretar la realidad con los ojos del corazón de Dios; la condición para seguir al Señor Jesús y ser servidores de la vida en este tiempo herido. El aliento y el ritmo del Sínodo muestran lo que somos, y el dinamismo de comunión que anima nuestras decisiones; sólo así podremos renovar verdaderamente nuestro ministerio pastoral y adaptarlo a la misión de la Iglesia en el mundo de hoy; sólo así podemos afrontar la complejidad de este tiempo, agradecidos por el camino recorrido hasta ahora, y decididos a continuarlo con parresía"¹.

Todos estamos preocupados con el proceso sinodal. Estas preocupaciones están fundamentadas en expectativas y en deseos distintos. Por ejemplo, muchos críticos están planteando abiertamente que el proceso sinodal se ha establecido para socavar la enseñanza y la autoridad establecidas en la Iglesia. Estos críticos creen que pedir una

amplia participación en el proceso, sin suficientes pautas sobre cómo delimitar estas contribuciones, afectará directamente los necesarios límites de la ortodoxia católica, confiada a los obispos (la jerarquía) como custodios del depósito de la fe. También afirman que se corre el riesgo de dañar la doctrina y la práctica sobre el primado de Pedro y, eventualmente, la colegialidad episcopal, asuntos éstos que la teología dogmática considera esenciales para el tema de la Iglesia *una*.

Sin dejar de ver la importancia que estos asuntos tienen, en el proceso reflexivo de la CLAR abordamos este momento desde otras preocupaciones, que también nos parecen centrales en la identidad y misión de la Iglesia. El planteamiento central del proceso sinodal tiene como objetivo fomentar un diálogo extenso a lo largo de varios años y formar una nueva dinámica para la vida interna y la misión externa de la Iglesia (*modus vivendi et operandi*). Creo que somos parte de un sector minoritario de la Iglesia que espera y reclama como urgente una reforma profunda.

Desde esta orilla existencial y eclesial hemos insistido por años en la necesidad de que las voces de las mayorías excluidas históricamente en temas eclesiales y sociales, estén mejor representadas; al mismo tiempo que estamos sugiriendo que estas personas marginadas tengan una participación directa en la toma de decisiones, en la cons-

¹ Comisión Teológica Internacional, "Sinodalidad en la Vida y en la Misión de la Iglesia" 120.

trucción del pensamiento doctrinal, en la celebración litúrgica, en fin, en la programación y la ejecución de la misión de la Iglesia. Me refiero concretamente a las mujeres, a los jóvenes, a las/os laicas/os, a los pobres, a las minorías étnicas... Me refiero a la inmensa mayoría de los bautizados en esta Iglesia llamada en el Concilio pueblo de Dios y que, viviéndose desde una estructura clericalista, se ha ido convirtiendo en muchos lugares de la tierra en una institución decadente. "Toda la Iglesia está llamada a lidiar con el peso de una cultura impregnada de clericalismo que hereda de su historia, y con aquellas formas de ejercicio de la autoridad en las que se injertan los diferentes tipos de abusos (de poder, económicos, de conciencia, sexuales)"².

A los que resisten el proceso sinodal les parece que el énfasis manifiesto en el consenso, como fruto de una participación amplia, haría que el mismo proceso sinodal fomenta, de hecho, la división en la Iglesia e introduzca controversia y rupturas en áreas de enseñanza ya establecida. "Las muchas voces provocarán mucha división". Estas personas siguen creyendo que el control sobre la persona que habla, lo que se dice y se escribe, es fundamental para asegurar la comunión, aunque esto implique seguir amordazando tantas voces silenciadas históricamente. En el vade-

mécum hay una invitación expresa a preservar la comunión también en el desacuerdo: "Es contrario al espíritu de la sinodalidad antagonizar a otros o alentar conflictos divisorios que amenazan la unidad y la comunión de la Iglesia".

Los más pesimistas presagian que el proceso sinodal de los próximos dos años será accidentado y podría terminar no con un consenso global sino con una división profunda y de alcances insospechados. Las pautas de procedimiento del documento sugieren a estos escépticos que hay unos resultados ya previstos, y que estos resultados se han integrado soterradamente en la metodología sinodal para lograrlos. Como si el producto final del proceso sinodal fuera un documento que ya está escondido en algún lado, ¿conspiración eclesial?

Para algunas/os de nosotras/os que hemos seguido de cerca e inclusive, hemos tenido la oportunidad de hacer parte de algunos procesos eclesiales durante el papado de Francisco, sabemos lo difíciles que fueron las reuniones del Sínodo de los Obispos en Roma sobre la familia, los jóvenes, la fe y las vocaciones, y, más recientemente, sobre la Amazonía. Para nadie son extraños los debates y los conflictos que hemos tenido en estos últimos años, sobre aspectos de la enseñanza y la disciplina tradicionales de la Iglesia universal como, por ejemplo, en asuntos de sexualidad humana, matrimonio, familia, y hasta ordenación sacramental.

² "Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos", 2021.

Lo que ha cambiado es que algunas de las propuestas de reforma o de reformulación vienen ahora desde la Santa Sede, desde la misma Catedral de San Pedro, y que desde allí se han promovido las discusiones públicas y abiertas sobre estos asuntos. Sin embargo, me preocupa mucho que los cambios propuestos hayan sido, casi todos, frenados sistemáticamente desde las estructuras más tradicionales de la Iglesia.

El vademécum, destinado a ayudar a las diócesis a dar forma a sus propias sesiones sinodales, señala que "el camino de la sinodalidad busca tomar decisiones pastorales que reflejen lo más posible la voluntad de Dios, basándolas en la voz viva del pueblo de Dios (CTI, SYN. 68)"³. Claramente, los documentos preparatorios para el Sínodo contienen algunos esfuerzos por incorporar estos llamados dentro de su propia noción de "sinodalidad". En la pasada Asamblea Eclesial de América Latina y El Caribe hubo una petición apremiante de que las voces de las mujeres, de los jóvenes, de los pobres y de las minorías étnicas sean centrales en este discernimiento eclesial de la voluntad de Dios para la Iglesia de este tiempo.

En junio de 2014, la Comisión Teológica Internacional publicó un documento innovador que hoy, en el contexto del proceso sinodal,

tiene un gran valor: "*Sensus Fidei* en la Vida de la Iglesia". La declaración reconoce el papel desempeñado por todos los fieles católicos, pueblo de Dios, en el crecimiento y el desarrollo (cambios) en la enseñanza de la Iglesia a lo largo de la historia hasta la actualidad: "Los fieles poseen un instinto hacia la verdad del Evangelio que les permite reconocer y refrendar la auténtica doctrina cristiana y su práctica, así como rechazar aquello que es falso. Ese instinto sobrenatural, ligado intrínsecamente al don de la fe recibida en la comunión de la Iglesia, es denominado *Sensus Fidei*, y permite a los cristianos llevar a cabo su vocación profética"⁴. En el pueblo de Dios todos los bautizados somos compañeras/os de camino –sinodalidad–, sujetos activos de la acción del Espíritu, que nos unge con múltiples y diversos carismas, agentes vivos de la misión común y partícipes del Cristo Total: sacerdote, profeta y rey. El papa Francisco lo sintetiza refiriéndose a la Iglesia como "pueblo santo y fiel de Dios". La sinodalidad expresa, pues, "la condición de sujeto que pertenece a toda la Iglesia y a todos en la Iglesia"⁵.

Los documentos sinodales promueven activamente el concepto del '*Sensus Fidei*', articulado así por el Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium*: "Debido a su unción

³ <https://www.synod.va/content/dam/synod/document/common/vademecum/Vademecum-ES-A4-compl.pdf>.

⁴ Comisión Teológica Internacional, "*Sensus Fidei* en la Vida de la Iglesia". 2.

⁵ Ver a Borrás, "Trois expressions de la synodalité depuis Vatican II", 643-666.

por el Espíritu Santo, todo el cuerpo de los fieles posee un sentido seguro de la fe⁶. Es como si se afirmara que el acceso a Dios y a la verdad de Dios, y de la persona, no está supeditado a una élite de intelectuales u hombres ordenados que lo saben y lo controlan todo. El proceso sinodal no intenta confrontar la autoridad de la jerarquía con la de los fieles, tradicionalmente excluidos, sino retomar las enseñanzas del Concilio que habla de la autoridad conferida por el Espíritu a todo el pueblo de Dios ya que "la totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo (1 Jn 2,20. 27), no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando, 'desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos', presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres"⁷. En este sentido, el documento preparatorio del Sínodo afirma que "es en el vínculo profundo entre el *Sensus Fidei* del pueblo de Dios y la función del magisterio de los pastores, donde se realiza el consenso unánime de toda la Iglesia en la misma fe"⁸.

En este contexto, la equidad eclesial y social es un tema que ha ido ganando fuerza en las discusiones y en los discernimientos

del proceso sinodal. Esta equidad dentro de la Iglesia comporta dos verdades inseparables: primero la dignidad que a todas/os nos hace iguales –la totalidad de los fieles tiene la unción del Espíritu–. Esta dignidad eclesial es inseparable de la dignidad humana que en la Doctrina Social de la Iglesia es el fundamento de la existencia pacífica y justa entre las personas y las sociedades –*Fratelli Tutti*–. En segundo lugar, el tema de la equidad eclesial no se plantea como un igualitarismo fanático, ya que la igualdad en dignidad reclama el reconocimiento de la diversidad en las funciones y los ministerios –doctrina paulina–. Es decir, que las expresiones concretas de la dignidad eclesial también se refieren a la función específica que cada una/o tiene en una Iglesia donde solo hay una vocación: ¡Sígueme!

Los textos de preparación del Sínodo mencionan a aquellos que están "en riesgo de ser excluidos" en la elaboración de este 'consenso universal' y advierte que se debe tener "especial cuidado" para incluir en las discusiones sinodales a "católicos que rara vez o nunca practican su fe". Pues bien, en la Asamblea Eclesial se pidió expresamente que de todas las formas posibles se incluya a los jóvenes y a los pobres en este discernimiento global de la voluntad de Dios para la Iglesia del tercer milenio. Los jóvenes presentes en la Asamblea Eclesial no lo hicieron decorativa o folklóricamente. Su alegría nunca escondió su reclamo profético:

⁶ Concilio Vaticano II, "Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*" 12.

⁷ *Ibid.*

⁸ "Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos", 14.

iparticipación ya, participación ahora! Los pobres o alguien que representara directamente su voz no estuvo presente en la Asamblea. Sí, también en esta asamblea ellas y ellos estuvieron excluidos y fueron solo parte del menú de las discusiones sobre sus necesidades y sus propuestas de transformación.

Recordemos que en América Latina y El Caribe la opción preferencial definida en *Puebla* es doble: por los pobres y *por los* jóvenes. Es significativo que siempre la teología latinoamericana haya enfatizado la opción por los pobres como una opción primordial y única. De alguna manera, en el silencio sobre otras opciones hay un reconocimiento implícito de que la opción por los pobres es amplia e incluyente, especialmente de aquellos grupos históricamente victimizados por la injusticia, el empobrecimiento, la exclusión y la violación de sus derechos. Estos grupos tienen nombre y sus vidas son historias vivas que siguen clamando al cielo: los niños, los jóvenes, las mujeres y las minorías étnicas. Por ejemplo, el nivel de pobreza y exclusión que sufren los jóvenes, ellos están dentro de la mayoría de los pobres del mundo, es verdaderamente escandaloso y reclama acciones urgentes. Según los informes de la ONU, "en la actualidad, hay cerca de 1.300 millones de jóvenes de 15 a 24 años, el 16% de la población mundial. A medida que los jóvenes exigen más oportunidades y soluciones más justas, equitativas y progresivas en sus sociedades, se

necesita abordar con urgencia los desafíos a los que este sector poblacional se enfrenta (el acceso a la educación, la salud, el empleo y la igualdad de género...)"⁹.

Lamentablemente, cuando decimos que enfrentamos el desafío pastoral de "escuchar el clamor de los pobres, excluidos y descartados", estamos hablando de mirar con urgencia hacia la niñez y la juventud que hoy son, en muchas de nuestras sociedades, sistemáticamente victimizados de forma cruel. La victimización de los niños y de los jóvenes dentro de la Iglesia es un tema que no puede ser dejado de lado en las discusiones del Sínodo. No lograremos nunca "reconocer y valorar el protagonismo de los jóvenes en la comunidad eclesial y en la sociedad como agentes de transformación" si no actuamos estructuralmente para darles oportunidad de acceder a la educación, al trabajo digno, al alimento y el vestido, a la recreación y a la salud..., si no les damos la posibilidad de participar activamente en todos los procesos y toma de decisiones en lo social y lo eclesial, en términos de equidad antropológica y teológica.

En la teología latinoamericana, desde Medellín hasta Aparecida, se ha insistido en que, siguiendo la dinámica encarnacional revelada en el Evangelio, todos los desafíos pastorales de la Iglesia deben ser

⁹ Organización de las Naciones Unidas, "Paz, Dignidad e Igualdad en un planeta sano".

leídos desde la opción por los pobres. Esta opción implica en primer lugar “escuchar el clamor de los pobres, excluidos y descartados” y actuar coherentemente a partir de esa escucha con: 1) Acciones caritativas para la defensa inmediata y efectiva de la vida, que está en riesgo por el hambre, la desnudez, la enfermedad, la violencia. La caridad es siempre importante pero no es suficiente. Por eso es urgente, 2) Promover acciones y proyectos de cambio sistémico, para actuar sobre las raíces de la pobreza, siempre con la mirada puesta en las consecuencias destructivas de ésta que se revelan en los rostros y en las historias de los pobres, excluidos y descartados. Hoy empezamos finalmente a entender y a aceptar que la única posibilidad para que el cambio sistémico que queremos promover sea sostenible social y estructuralmente, debemos: 3) Hacer incidencia política a todo nivel, desde lo local hasta lo global. Esta incidencia política permitirá que el cambio que promovamos se convierta en una política/legislación social, es decir, que se injerte estructuralmente en nuestras sociedades.

En este triple proceso, los pobres y los jóvenes, las mujeres y los niños, las minorías étnicas no son objetos pasivos de una acción que se hace en su nombre, sino sujetos activos, agentes vivos, generadores de transformación social y eclesial. Ellas y ellos son los sujetos de su propia liberación. La liberación de cada una/o de nosotras/os,

la de la humanidad toda, está intrínsecamente vinculada a la liberación de los pobres.

La dinámica esencial del proceso sinodal revelada en la Asamblea Eclesial es la de la *escucha* recíproca y sin límites. Esta escucha no es simplemente un movimiento espiritual. Se trata de una escucha que debe provocar y avanzar la novedad que la *Ruah* de Dios quiere para la Iglesia y la sociedad del tercer milenio. Las consecuencias –nuevas actitudes, acciones, procesos y estructuras– de atreverse a escuchar, son irrenunciables para que el proceso sinodal no sea un circo en el que se anuncia con bombos y platillos la llegada de un elefante bailarín, para que al final tengamos que conformarnos con la aparición de un pequeño ratoncito tratando de escabullirse entre las graderías, como lo insinuaban los adagios latinos de antes. Con relación a los pobres y a los jóvenes, creo que podríamos decir que estas consecuencias de su escucha podrían expresarse en que a estos grupos los percibamos de otra manera¹⁰:

1. Los pobres y los jóvenes como un lugar social y eclesial de transformación y de esperanza.

Esto reclama que la Iglesia tenga valor de encarnarse continuamente en el mundo de los pobres, de los

¹⁰ Incluiré en mi reflexión algunas intuiciones extractadas de un artículo de Vigil sobre la Opción por Los Pobres: Evaluación Crítica.

jóvenes y de todos los grupos históricamente excluidos, para asumir con ellos y desde ellos, en fidelidad a la realidad y al proyecto del Reino, la causa de su liberación integral y, desde esta causa, la concreción del proyecto de una sociedad justa, equitativa y libre en la que la vida, salida de Dios, sea sostenible social y ambientalmente: ¡Reinado de Dios!

2. Los pobres y los jóvenes como un lugar epistemológico, un lugar de sabiduría para la transformación social y eclesial.

Si en verdad nos atreviéramos hoy a “reconocer y valorar el protagonismo de los jóvenes en la comunidad eclesial y en la sociedad como agentes de transformación”, y a “escuchar el clamor de los pobres, excluidos y descartados”, entonces podríamos concretar nuestra “opción por una nueva perspectiva histórica, por una nueva manera de ver, de conocer, de mirar la historia y la realidad desde los intereses” y las necesidades de estos grupos histórica, social y eclesialmente marginados. Escucharlos y reconocerlos reclama que cambiemos los lugares cómodos desde los que hemos construido un saber social y teológico, y que lo validemos, incorporando sistemáticamente sus perspectivas, sus intuiciones y sus visiones para una sociedad y una Iglesia nuevas. Hoy es necesario que nos atrevamos a hacer una ruptura epistemológica y dogmática desde la realidad de la

vida, desde los pobres y desde los jóvenes, desde las mujeres y desde los grupos étnicos minoritarios.

3. Los pobres y los jóvenes como una clave hermenéutica para salir de la crisis en la que hemos entrado de lleno.

Vivimos una crisis de la civilización humana, esta civilización agotó su energía interna y llegó a un punto de muerte, y la vida toda está en riesgo. Vivimos una crisis profunda de la civilización cristiana y dentro de ella del modelo eclesial católico; el modelo se rompió desde su contradicción profundísima –distanciamiento progresivo del Evangelio–. Vivimos también una crisis profunda en el modelo de la Vida Consagrada. Anclada en el invierno eclesial, la VC dejó de hablarle a las/os jóvenes e inclusive a veces a ella misma. El desencanto, el conflicto, la enfermedad, la búsqueda de ella misma, la vida doble, se nos hicieron cotidianos.

La salida de esta crisis no vendrá de los grupos tradicionales de saber y de poder. Debemos atrevernos a incorporar social y eclesialmente otras voces y saberes, otras perspectivas e interpretaciones. En el caso concreto de la Iglesia, la reforma eclesial solo sucederá si la jerarquía eclesiástica se atreve decididamente a escuchar la sabiduría históricamente excluida, la sabiduría de las periferias existenciales y geográficas. Estoy convencido de que los pobres, los jóvenes, las mujeres, y las minorías étnicas

son capaces de sostener creativamente, de recrear profundamente y de avivar estructuralmente a la Iglesia como institución histórica en clara decadencia.

El desafío del proceso sinodal reclama que esta aproximación hermenéutica no sea optativa –dejada a la deriva y dependiente de los carismas u opciones personales– ya que ella se refiere a una dimensión esencial de la identidad y del carácter eclesial, como se ha expresado en los itinerarios teológicos del proceso sinodal. Esto es lo que me parece fundamental en el trazado teológico del proceso sinodal, que incluye el diálogo abierto sobre la eclesiología del pueblo de Dios, el *Sensus Fidei* –como acceso universal a la verdad de Dios–, o el consenso eclesial como fruto de la escucha recíproca, y del desmantelamiento de la estructura eclesial clerical y clericalista.

Aspiramos a que el proceso sinodal genere una nueva postura –*kairos*–, firme e inquebrantable, que marque la ruptura de la Iglesia con una historia llena de ambigüedad y contradicción, y que marque también el sentido de su vida, su visión y su misión como pueblo de Dios en camino en nuestro aquí y nuestro ahora.

El papado de Francisco ha significado una memoria profética y por eso incomoda a las élites eclesiales/clericales, por la incongruencia de nuestro compromiso histórico al lado de los poderosos de la tierra.

Hoy, en el contexto del proceso sinodal y a estas alturas de nuestro discernimiento eclesial, entendemos con claridad que no hay una forma coherente de ser cristiano que no incluya la escucha y la incorporación sistemática de los gritos de los pobres y de todos los grupos marginados y excluidos a lo largo y ancho de la historia.

Históricamente, la opción por los pobres se ha ido entendiendo cada vez más como una opción por los injusticiados, más allá de su posición socio-económica. Por eso, la Iglesia de este milenio se siente desafiada por una opción que incluya a todas/os los que experimentan cualquier clase de exclusión o son víctimas de cualquier forma de injusticia: las poblaciones indígenas y afro-descendientes, las culturas marginadas y hasta satanizadas moralmente, los grupos oprimidos por su género o su orientación sexual, los muchos movimientos sociales perseguidos y violentados. En América Latina y El Caribe hoy hay un proceso de eliminación violenta y sistémica de los liderazgos en casi todos estos movimientos sociales. La palabra *pobre* como categoría social y teológica debe ser entendida de una manera amplia y no ser supeditada a los factores socio-económicos. Pobre es aquel/la que es víctima de injusticia en razón de su identidad cultural, socio-económica, racial, de género, religiosa, política, etc. Al decir esto, no olvidamos que ordinariamente los grupos marginados

socio económicamente son los que tienen menos recursos y menos acceso a las estructuras que les permitan su propia defensa frente a la injusticia estructural. Muchos de estos grupos son victimizados transaccionalmente ya que su identidad milita en varios sectores que son injusticiados. Hay quienes por ejemplo son pobres económicamente y además son indígenas o afro-descendientes.

Conclusión

Los pobres (todos los grupos históricamente excluidos e injusticiados) dentro de los que se encuentran la mujer, las jóvenes/niños, y las minorías étnicas, son un sujeto fundamental de transformación social y eclesial. A ellas/os se les ha confiado la simiente de vida de un movimiento de solidaridad histórica y universal capaz de transformar la historia. La Vida Consagrada es pro-cultural, ella ha estado siempre y seguirá estando del lado de todas/os las/os que se han hecho caminantes de esta nueva historia, de este éxodo inacabado de liberación de toda esclavitud. El proceso sinodal nos está dando una nueva oportunidad para afinar todas nuestras opciones evangélicas, carismáticas y congregacionales. Nos está forzando a entrar en un diálogo *inter* y *trans* para volver sin atenuantes a lo esencial, para la sostenibilidad de la vida. A esta VC se le exige en la espiritualidad de caminar juntas/os y emprender un movimiento decidido y definitivo

hacia la resignificación de su identidad y misión.

Nuestro movimiento hacia la vida como ámbito y contenido de todo es hoy más urgente que nunca. En el proceso sinodal no podemos dejar de entrar en la espiritualidad del asombro frente al misterio, la belleza y la bondad de la vida que compartimos con tantas/os hermanas/os en igualdad y en diversidad y que también compartimos con todas las formas inconscientes de vida.

También nos toca en este proceso sinodal hacer el movimiento hacia la esencialidad, como un descubrimiento de que somos portadores de apenas una parte de la simiente de vida. Esta simiente de *vida* se les ha confiado a todos los pueblos de la tierra: de todo género, clase, raza, cultura, religión, nación, lengua (Ap. 7,9). ¿Será la Iglesia capaz de abrazar su tremenda y riquísima diversidad y de aceptar la oportunidad que el proceso sinodal nos da para ponernos de acuerdo en lo esencial, aunque esto esencial resulte ser solo un puñado de elementos comunes a nuestra identidad y misión? Hoy tenemos la posibilidad como institución profético-religiosa de unirnos a todas/os las/os que militan en esta fabulosa mega-tendencia histórica que busca cuidar y preservar la vida con la certeza de que es en esta mega-tendencia histórica donde está presente la *Ruah* de Dios que renueva la faz de la tierra (Sal 104).

Los pobres y los jóvenes son dos grupos que deberían estar en el centro de esta nueva aventura eclesial a la que hemos sido convocados. Cabe aquí recordar lo que dijo Congar hace 50 años “muchas reformas vienen de la periferia”¹¹. Hay muchos signos de que también la VC hizo de los pobres y los jóvenes objetos de caridad o de acciones puntuales y no sujetos y agentes de transformación. El proceso sinodal nos reclama que a estos grupos los reconozcamos como sujetos históricos y a que confiemos en su capacidad de protagonismo histórico, compartiendo y apoyando con decisión su derecho a resistirse al sometimiento a cualquier estructura que los oprima, y negándose, con ellos y con las mujeres y las minorías étnicas, a aceptar pasivamente que el orden social y eclesial continúe usándolos, excluyéndolos, humillándolos y marginándolos.

Desde el lugar del pobre –injusticiados históricos– es donde el proceso sinodal podrá trazar una línea de diálogo y comunicación que haga avanzar el diálogo ecuménico, inter-religioso e inter-conviccional (con los no creyentes) a un nuevo nivel en el que no haya vuelta atrás.

El proceso sinodal debe desembocar en la reforma profunda de la Iglesia como un todo y en su decisión perentoria de comprometerse desde el Evangelio revelado en la

transformación de la historia. De no ser así, este proceso será otro aparato inútil que solo contribuirá a generar más desgano y apatía en los grupos que poco a poco se han ido marginando, sobre todo entre los jóvenes y los pobres.

La palabra “sinodalidad” es como un neologismo, de moda, ¿cómo no usarlo? Pero no podemos olvidar que la sinodalidad es mucho más que una moda teológica o un procedimiento operativo. Se refiere más bien al modo de vivir y obrar (*modus vivendi et operandi*) de la Iglesia como pueblo de Dios que se atreve y se arriesga a encarnar los valores del Reino en toda cultura, raza, nación, donde está presente como un germen de vida y de esperanza, especialmente para las personas y los grupos desesperanzados de nuestra historia.

En la propuesta libre y abierta de Francisco para una Iglesia sinodal, él utiliza la imagen de una pirámide invertida. Si la base se convierte en cúspide entonces los pobres, los jóvenes, las mujeres y las minorías étnicas o excluidas estarán en la cúspide, en el centro de todo el proceso y serán protagonistas esenciales dentro de la reforma que se busca. No hay duda de que una Iglesia sinodal vive un estilo participativo y corresponsable: “La dimensión sinodal de la Iglesia debe ser puesta en valor mediante la realización y dirección de procesos de discernimiento que den testimonio del dinamismo de comunión que inspira todas las decisiones eclesia-

¹¹ Ver a Congar, *Vraie et fausse réforme dans l'Eglise*, 277.

les" (SYN, 76). Todas/os somos llamadas/os a participar activamente en todas las estructuras y procesos sinodales. No nos marginemos, encontremos nuestra voz, intentémoslo... Intentarlo hoy de nuevo es un acto radical de la fe y un acto que tiene contenido profético.

La reforma de la Iglesia requiere que todos los miembros del pueblo de Dios demos un paso adelante en la adopción de una praxis sinodal renovada, que sea capaz de generar un movimiento irreversible. El proceso sinodal no es una operación de ingeniería institucional destinada al colegio episcopal, como algunos lo han insinuado. En los discursos de apertura del Sínodo escuché con atención que, comenzando por el Papa, todos los oradores de una o de otra forma nos invitaron a no tener miedo al cambio y a entrar en el movimiento espiritual del proceso sinodal, para caminar juntas/os, para experimentar la conversión estructural/sinodal, para abrirnos con disponibilidad al Espíritu, "para desarrollar un estilo y una praxis sinodal que respeta cada vez más las exigencias de comunicar la alegría del Evangelio y responder a los signos de los tiempos". Todas las comunidades e instituciones eclesiales, la Vida Consagrada, están llamadas a avanzar por este camino de reforma sinodal. La conversión sinodal implica renovar mentalidades, actitudes, prácticas y estructuras, sobre todo las prácticas y las actitudes excluyentes, discriminatorias o centralizadoras del poder y de las

decisiones en pequeños grupos de 'ungidos'. Una mentalidad eclesial moldeada por el pensamiento sinodal acoge y promueve con alegría la comunión como el fruto visible de la participación de todas/os y de la misión compartida en una Iglesia en la que todas/os las/os bautizadas/os están capacitadas/os y llamadas/os para ser discípulas/os misioneras/os.

Bibliografía:

Borras, Alphonse. Trois expressions de la synodalité depuis Vatican II. *Ephemerides Theologicae Lovanienses* 90 (2014): 643-666.

Comisión Teológica Internacional. "Sensus Fidei en la Vida de la Iglesia". 2014.

Comisión Teológica Internacional. "Sinodalidad en la Vida y en la Misión de la Iglesia".

Concilio Vaticano II. "Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*".

Congar, Yves. *Vraie et fausse réforme dans l'Église*. París : Cerf, 1950.

Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Synod.va*, <https://www.synod.va/content/dam/synod/document/common/vademecum/Vademecum-ES-A4-compl.pdf> (consultado el 29 de enero de 2022).

Organización de las Naciones Unidas. "Paz, Dignidad e Igual-

dad en un planeta sano". <https://www.un.org/es/global-issues/youth> (consultado el 25 de enero de 2022).

Revista Relat. Servicios Koinonia, <https://servicioskoinonia.org/relat/112.htm> (consultado el 28 de enero de 2022).

Vigil, José María. "La Opción por Los Pobres: Evaluación Crítica".